

Los cuentos de Costoula Mitropoulou y la literatura neohelénica

Nina Anghelidis-Spinedi y
Andrés Homero Atanasiú

Los temas de la soledad y la incomunicación han poblado abundantemente las obras literarias y artísticas de nuestra época, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, en que esas dos obsesiones del hombre moderno se han hecho particularmente acuciantes. Por supuesto que estos temas no son nuevos. La figura del solitario aparece repetidamente en épocas anteriores a la que señalamos, sobre todo en la prosa y la poesía del renacimiento y del romanticismo. Pero esta encarnación de la soledad intentaba generalmente representar dos ideales de la época: el refinamiento caballeresco y el goce de la naturaleza. El solitario era entonces *gozosamente solitario*, y se diferencia del antihéroe de la literatura actual en que éste asume su soledad y su aislamiento dolorosamente, y como una consecuencia amarga de su imposibilidad de comunicación y aun de su incapacidad de amar.

Esta última figura es la que encontramos muy frecuentemente en los cuentos de Costoula Mitropoulou reunidos en su libro *Ciudades y Hombres* (Atenas, 1980). Se trata de una colección de trabajos pertenecientes a tres publicaciones anteriores: *Ciudad sin héroes* (1964), *Rostros y figuras* (1963) y *Los dos rostros*, una selección que apareció en 1972.

La autora

Costoula Mitropoulou es una escritora griega nacida en El Pireo, aunque su familia procede de Galaxidi, puerto sobre el golfo de Krissa, cerca de Delfos. Su actividad literaria es continua desde la publicación de su primera obra, la novela *El país de los soles* (1958). Desde entonces ha dado a conocer *Dos épocas* (1960), *Avenida sin horizontes* (1961), *El culpable* (1966), *Recuento* (1970), *Alfabeto* (1971), *El crimen ó 450 días* (1972), *La Ejecución* (1973), *Crónica de tres días*

(1974), *Heliofania 288 horas* (1974), *Artículo N^o 22* (1975), *El engaño y el mito* (1976), *Zaar 19* (1978), *Vida marginal* (1980), *La vida con los otros* (1981) y *Oscar o la sonrisa del mural* (1982), además de los nombrados con anterioridad. Para el teatro ha escrito, en cambio, *Rostros dentro del tiempo y del espacio*, *Nuestra ciudad*, *La tierra de Ramasina*, *Cuatro soledades*, *El juego y el dolor del remordimiento* y *Música para la partida*.

La obra

La primera tentación del ensayista que establece contacto con la obra de un autor es relacionarla con la tradición cultural de su país de origen y fijar en qué medida dicha obra continúa la literatura vernácula y en qué medida en cambio la contradice, la cuestiona o rompe con ella.

En el caso de Costoula Mitropoulou nos parece útil señalar, en primer término, la vinculación del tema de la soledad con el *fatum* clásico, inseparable de la concepción religiosa de la antigüedad pagana. La idea de un destino humano signado por la fatalidad implicaba para el escritor de la era clásica la existencia no sólo de los dioses tradicionales, sino de una entidad más generalizada e incontrovertible aun que estas divinidades. Esta entidad superior, personificación del Destino, justificaba que la voluntad de los dioses, a veces encontrada con respecto a la vida de un mortal, se resolviera en un sentido o en el otro.

Desaparecido el paganismo, y aún más, cuestionadas hasta las bases de las religiones que lo reemplazaron en el mundo histórico moderno, la condición humana pasa a ser responsable única de todo problema que afecta al hombre mismo.

La soledad y la incomunicación, que al principio señalamos como dos constantes en la literatura de Costoula Mitropoulou, quedarían reducidas así a justificarse no ya como imposiciones de un Destino de dictados inapelables pero individualizados, sino como condiciones generales inherentes al hombre como tal, a falencias esenciales de su naturaleza, a particularidades de su *status* terreno.

Por su carácter mismo, esa soledad y esa incomunicación son, pues, en la literatura de nuestra época, definitivas e irreversibles, y con esos aspectos se presenta en la obra de la autora que comentamos.

Dignidad estilística

El cuento de Costoula Mitropoulou, por lo común de muy corta extensión, reúne condiciones que lo individualizan dentro del géne-

ro. Tal vez la característica más sobresaliente de su elaboración es la parquedad expresiva, la estricta economía léxica. Apoyándose sobre todo en connotaciones de la terminología utilizada y una austera ambientación, la autora se limita en estos trabajos a presentar el caso que ha elegido, sin ninguna argumentación suasoria.

Un ejemplo claro de lo señalado lo constituye el trabajo titulado *Ausencia*. La protagonista de este relato concurre todos los sábados a una oficina de la central telefónica, pide comunicación con un destinatario desconocido y se retira con una sonrisa cuando nadie contesta a ese llamado. El color de su rostro, de una palidez muy particular que se torna cada vez más amarillenta, como la “cera barata”, da idea del paso del tiempo y de la trágica inutilidad de todo esfuerzo de comunicación. “Claro, era un poco más pálida que lo normal —señala la autora hacia el final del cuento—. Pero esa sala helada y vacía, con los bancos en fila que aguardaban, le daba la impresión de una necesidad, más aún, de una orden íntima de esperar injustamente, años todavía, siempre con la cera derretida y cada vez más amarillenta, más húmeda, más vanamente conservada”.

El “otro”, al que sólo con sarcasmo podríamos llamar aquí “nuestro prójimo”, es siempre un desconocido ausente con el que resulta vano siquiera intentar una relación.

La continuidad de este esfuerzo y su inutilidad acercan también a Costoula Mitropoulou a la obra de Franz Kafka, con la que se emparentan además algunos de sus trabajos (*Cuento, Cuestión subjetiva*), por el clima de sueño febril que se vive en ellos.

Pero también desde otro punto de vista, igualmente formal, encontramos en los cuentos de nuestra comentada, una vinculación con la literatura griega clásica, ya que, lejos de abundar en descripciones y relatos, de acuerdo con la técnica más moderna, el cuento adopta, a veces en forma total, el diálogo entre dos personajes. Estos diálogos, que contienen escasas y a veces ninguna alternancia con párrafos descriptivos o narrativos, libran a la imaginación del lector los detalles ocasionales o accesorios, para los que la intensidad de la acción no deja, en verdad, mucho espacio. Sin embargo, hasta allí la semejanza sería demasiado lejana o vincularía estos cuentos con el arte teatral en general. En cambio su similitud formal con el teatro griego, por lo menos de acuerdo con la estructura y el texto llegados hasta nosotros, es decir, de acuerdo con el aspecto que presenta a los lectores de hoy, consiste en que en ese teatro el aparato escénico era mínimo, y el diálogo constituía su apoyatura fundamental.

Puede señalarse la abundancia de la forma dialogada en numerosos cuentos de colección. En realidad se trata de un teatro anónimo,

donde por otra parte, se ha evitado toda referencia a los rasgos distintivos de los personajes, sus características, el lugar y tiempo concretos. En Costoula Mitropoulou los cuentos dialogados recuerdan muy cercanamente al teatro de máscaras donde, además, está ausente el público teatral, lo que es señalado expresamente por la autora en obras como *El final del silencio*.

La mujer en papel protagónico

Por último, y en lo que se refiere a los personajes de estos cuentos, es interesante destacar en ellos la presencia casi constante del protagonista femenino, cuyos lazos con el mundo están afectados por las características apuntadas en párrafos anteriores, y que es la que encarna, consecuentemente, la temática del aislamiento y el desamparo.

La interioridad de estos personajes protagónicos asoma con la misma economía de recursos estilísticos ya señalada. Unas pocas frases de un diálogo tal vez imaginado, una situación de alta tensión emotiva lograda con unas pocas líneas, sirven para definir la trágica relación personaje-realidad.

La protagonista de *Detalles*, tomemos por caso, está en presencia de una pareja. Con morosa delectación, ella imagina escenas de la vida del hombre en la intimidad y con la otra mujer, y diálogos de ellos dos. Cuando la pareja se retira, queda en los oídos de la protagonista una frase que nadie pronuncia, pero que define su soledad: “No hay sitio para usted en la realidad presente. La protagonista de *Soledad*, por su parte, repite una y otra vez: ...“le aseguro, todos me quieren”, a un elusivo personaje que le contesta, a su turno, obstinadamente: “¡Ya no escuchan su voz, señora!” La tarde del domingo es, finalmente, el momento que tiñe melancólicamente la acción del ya citado *Cuento*. En él, la protagonista, también una mujer, como en los anteriores, busca al hombre para compartir su aislamiento, pero fracasa en el intento de borrar su pena, que viene desde la niñez. No llegaron nunca, dice la autora, “a disipar el insistente y silencioso llanto del niño, que ahogaba dentro de ellos el sueño vano del domingo”.

Una forma austera, severa, estricta, caracteriza estos cuentos de Costoula Mitropoulou que encierran el tema casi único de la soledad. Este dolor, el más acendrado de nuestra época, el menos redimible, encuentra en la autora recursos formales de dignidad clásica que el pueblo griego conserva y renueva en sus artistas con asombrosa pureza. La identificación de este dolor con el destino humano le brinda a estos cuentos que prestigian la literatura neohe-

lénica características perdurables, ya que es perdurable todo lo que a través de la belleza impone su sello de verdad.

AUSENCIA*

Claro, era algo más pálida que lo normal. Pero sus ojos se mostraban siempre vivos y como si hubiesen llorado un poco antes, quizás por una risa fuerte, repentina. Sus manos temblaban al primer frío intenso o en un concierto. Algo totalmente diferente, por supuesto...

Sí, seguramente era un poco más pálida que lo normal. Pero no tanto como para provocar la curiosidad o los comentarios de aquellos que la veían por primera vez. Su piel tenía un matiz como de cera disuelta, derretida. Esa cera barata, que vale una dracma, un poco adulterada tal vez con parafina...

Cuando por casualidad se hallaba bajo luces fuertes y entre rostros maquillados cuidadosamente, era como si ella no cupiera allí, dentro de ese ambiente luminoso que se espesaba, cristalino, a su alrededor. Se detenía delante de las lámparas, de los ojos, de los colores, y derretía lentamente su existencia de cirio dentro de una imperceptible sensación de melancolía y de expectación.

“¿Qué espera entonces, durante tantos años?”

Se detenía y los miraba, sin haber visto jamás sus ojos, su risa, sus manos, por separado. Lo veía todo en conjunto: una masa densa de carne y piel dura, diferente de la propia.

“¿Qué espera entonces?”

Evitaba las luces, los grandes salones con sus pasillos vacíos, los lugares muy frecuentados. Prefería una función vespertina en un teatro. Jamás iba a la nocturna. Se desesperaba pensando que tendría que atravesar todo ese gentío, a la hora en que cerraban los negocios. Y luego de nuevo sola, de noche, en la avenida vacía, con los semáforos automáticos... Ah, no. Prefería encerrarse temprano en su casa, sin ningún programa concreto. Leer un libro, digamos, o escuchar un concierto de aquellos que le gustaban muy especialmente. Entraba en su casa casi feliz. Inmediatamente cesaba aquel jadeo molesto que la sofocaba, y sus manos adquirirían la misma estabilidad de su respiración. A esas horas, la cera derretida de su piel daba la sensación densa del vidrio vertido en un molde blando, cóncavo.

“Esta noche diría uno que...” y su familia la miraba con extrañeza.

Sonreía detrás del vidrio, y después, cuando el concierto y la corta conversación, a los postres, se habían acabado, apagaba todas las luces y encendía las velas en el centro de la mesa.

*Traducción directa del griego de Nina Anghelidis-Spinedi

“¡Pero... ya es medianoche! Mañana tienes que despertarte muy temprano para ir a la oficina”. Sin embargo, su madre evitaba siempre obtener una respuesta. Quizás se dijera a ella misma todo eso. Quién sabe.

“Buenas noches...” Y le besaba siempre la frente que brillaba levemente con la llama de la vela.

Eso ocurría casi todas las noches, excepto tal vez el sábado. Entonces se arreglaba con sumo cuidado, se ponía aquel perfume de alelís (“¡imagínate, alelís!”, se sorprendía la madre) y se dirigía a pie a la central telefónica. Allí, en la gran sala, mucha gente esperaba para hacer sus llamados. Ella también tomaba uno de aquellos formularios verdes y lo llenaba con letra pulcra, hermosa. Primero escribía su nombre, después la ciudad donde vivía, su dirección y la hora que fijaba para la llamada. Allí, justamente, se detenía. Claro que por poco tiempo, tanto como necesitaba para elegir entre Rodas y Lárisa, el interior o el exterior... Y luego escribía un nombre masculino y un apellido, siempre el mismo, al lado de “destinatario”.

Entregaba el papel al empleado, pagaba por el llamado, “¡6 minutos, no 3! Tenemos tanto que hablar, ¿sabe?...”. Y el cirio derretido en su rostro se abarataba cada vez más, como si lo adulteraran un poco cada día.

Quedaba siempre última, mientras esperaba al “destinatario” que le era completamente desconocido. Permanecía inmóvil, mirando con ansiedad el gran reloj sobre la pared, pensando en la hora, en los desconocidos que telefoneaban y se alejaban, en los nombres de aquellos que “llamaban” y recibían contestación enseguida.

Se iba siempre tarde, con una delicada y noble sonrisa en sus labios finos. “No habrá recibido el preaviso... ¡Lástima! ¿Se puede anular?. Tomaba de nuevo su plata “menos siete con treinta por el preaviso”, y se iba “¡Gracias! ¡Y buenas noches!”.

Claro, era un poco más pálida que lo normal. Pero esa sala helada y vacía, con los bancos en fila que aguardaban, le daba la impresión de una necesidad, más aún, de una orden íntima de esperar injustamente, años todavía, siempre con la cera derretida y cada vez más amarillenta, más húmeda, más vanamente conservada.

Las obras de Costoula Mitropoulou no son conocidas por los lectores hispanoamericanos, ya que no han sido traducidas hasta el momento al castellano, excepto en algunos diarios y revistas literarias en la Argentina. El cuento que hemos ofrecido reviste, por consiguiente, carácter de novedad y constituye un punto de arranque para el conocimiento de su obra, así como una muestra más de la calidad y la hondura de la literatura griega actual.

The short stories of Costoula Mitropoulou and neo-Hellenic literature

*Nina Anghelidis-Spinedi and
Andrés Homero Atanasiú*

A recurrent element in the works of C. Mitropoulou — short stories, novels and plays — is the theme of loneliness and lack of communication, “inherent to man as such” and due to “essential flaws in his nature, and to peculiarities inseparable from his earthly status”. The short stories are usually very brief, with great economy of expression and sober ambience. Thus “a few phrases of a dialogue that is perhaps imaginary, a highly emotional situation of tension achieved by a few lines, suffice to define the tragic relation between character and reality”. This narrative genre of hers approaches, on the one hand, the work of Kafka, because of the futile and tenacious efforts of the actors, and on the other, classical Greek literature, as “the story adopts, sometimes wholly, the form of dialogue between two characters”. A characteristic of these short stories is the almost constant presence of a female protagonist, so that woman incarnates “the theme of solitude and helplessness”. This occurs in the story called “Absence” — which is presented here translated into Spanish — in which the protagonist goes to a telephone exchange to ask for communication with a person unknown; “She was always last, while she waited for the ‘addressee’ who was completely unknown to her. She remained motionless, anxiously staring at the large clock on the wall, thinking about the time, about the unknowns who telephoned and left, about the names of those who ‘called’ receiving immediate answer. She always left late, with a delicate and noble smile on her thin lips. ‘Perhaps no announcement was received... Pity! Can it be annulled?’ She recovered her money ‘minus seven and thirty for the pre-announcement’ and left. ‘Thank you’ And good night!”.

Henry Lowick-Russell